



A la izquierda, foto de ensayo de "Décadence", de Steven Berkoff. Dirección: Jorge Lavelli. Teatro de La Colline. (1995). (Foto: Emmanuel Robert). Arriba: Cartel de la producción.

Soberbio espectáculo en la «Colline»

por Juan Antonio Hormigón

Las ciudades tienen siempre un aroma, una palpación, un ritmo, un paisaje que les confiere una personalidad definida y las diferencia entre sí. Cuanto más acusados son estos rasgos, más atractivo suele tener la ciudad que los posee; cuanto menores, más opaca, incivil o inhabitable será la ciudad a la que nos refiramos. París, sin duda alguna, exhibe unas características propias e intransferibles que la hacen ser atractiva y abrumadora, a la par que tan diferente a cualquier otra.

Durante el franquismo, París fue con frecuencia para los demócratas españoles meta de peregrinación y espacio de libertad. Allí podíamos ver lo que aquí nos estaba vedado, adquirir los libros que aquí se prohibían, hablar en voz alta de lo que aquí había que hacer de forma recoleta o clandestina, impregnarse de una convivencia que aquí se traducía con frecuencia en encono y represión. El regreso consti-

tuía siempre un acontecimiento doloroso y abrumador. Era difícil comprender la razón por la que al traspasar una simple frontera, al dejar atrás una sencilla linde, el mundo se transformaba tan de repente y lo que allá eran derechos aquí se convertían en delitos. Claro está que, insisto, cuestiones así sólo afectaban a quienes soñaban la democracia; quienes sólo se dedicaban a estudiar en palabras de José María Aznar, Presidente del PP, porque «contra la dictadura sólo estaban los comunistas» -¡qué gloria inmarcesible concede a los comunistas el líder de la derecha!-, cuestiones así obviamente les traían sin cuidado.

París hoy sigue siendo una ciudad sorprendente en grado sumo. Desde hace bastantes años está gobernada por la derecha política..., francesa, eso sí, sería ingenuo olvidarlo. Sigue siendo una ciudad limpia, esplendorosa, bella, ordenada, en la que el mantenimiento de las grandes tradicio-



nes se conjuga con realizaciones de implacable modernidad. Sus calles, sus librerías, sus museos, sus tiendas de objetos raros y curiosos, son un deleite para la inteligencia y una inagotable fuente de motivación creativa y espiritual. París ya no es un espacio de libertad deseado, porque en nuestro país disfrutamos igualmente de libertad, al menos por el momento. Sin embargo una rara desazón sigue atezando nuestro ánimo cuando una simple ojeada al territorio nos muestra de nuevo las notables diferencias, la ampliación de la distancia en que otra derecha política, la que gobierna Madrid, ha situado a la capital de España respecto a la de los franceses.

Posiblemente sea en el terreno del teatro, de los espacios escénicos en funcionamiento, del número y calidad de los teatros públicos, de la variedad de compañías existentes, del repertorio, etc, donde la distancia adquiera proporciones siderales. Una simple consulta a las publicaciones semanales que anuncian las actividades de la ciudad en el

ámbito de la cultura, nos permite calibrar su magnitud. Sólo en el ámbito parisino aparecen reseñados ciento dieciséis teatros a los que hay que añadir veintisiete integrados en las comunidades del cinturón. De ellos al menos siete son teatros públicos financiados por la municipalidad, nueve, por el Ministerio de Cultura y el resto desarrollan su profesión en salas de la más diversa índole, contando con ayudas del municipio, del Ministerio de Cultura, del consejo del Sena y de múltiples entidades diversas que proporcionan recursos para el mejor desarrollo de la práctica teatral.

La derecha política francesa ni en el gobierno ni en la municipalidad parisina, por lo que a teatro se refiere, ha pensado en dar ningún vuelco revanchista a la situación, ni introducir criterios de neoliberalismo elemental respecto a lo que es una política y gestión asumidas como propias por la nación, entendida ésta en sus resonancias más pristinas herederas de 1789. Quizás su mayor preocupación sea que la gestión haya sido mejor y más solvente, pero nadie discute el valor del tea-

A la izquierda, foto de ensayo de "Décadence", de Steven Berkoff. Dirección: Jorge Lavelli. Teatro de La Colline. (1995).
(Foto: Emmanuel Robert).

tro como bien cultural y social y la importancia que en sí mismo tiene para la sociedad francesa. Los cambios que han podido darse en la dirección del algún teatro público al producirse el relevo gubernamental tras las últimas elecciones, han respetado escrupulosamente criterios de rigor profesional. A nadie se le hubiera ocurrido, ni nadie hubiera aceptado que se colocara a un incapaz o un ignorante en materia teatral al frente de una institución pública. A la par, muchos directores han seguido en su puesto, sin duda porque la labor que desarrollaban tanto desde el punto de vista estético y de programación, como en cuanto a la gestión, era competente y solvente a un tiempo. Ese ha sido el caso de Jorge Lavelli, director de escena argentino afincado en Francia, que prosigue su andadura al frente del Teatro Nacional de la Colline.

Décadence

El Teatro Nacional de la Colline se sitúa muy cerca del cementerio de Père la Chaise, lugar emblemático de la historiografía parisina. Se trata de un edificio de nueva planta, construido hace pocos años, de acusado carácter funcional, en el que se integran dos espacios: el gran teatro para 760 espectadores y el pequeño para 200. El conjunto se organiza como un complejo teatral de producción, con numerosos ámbitos de encuentro y desarrollo de diversas actividades.

En la sala pequeña se representaba la última obra de Steven Berkoff, *Décadence*, traducida por Antoinette Monod y Geoffrey Dyson, puesta en escena por Jorge Lavelli. El repertorio de la Colline no se ha alterado en absoluto por los cambios gubernamentales acaecidos en el país y esta obra es prueba de ello. Se trata de un texto ácido, áspero, impregnado de un sarcasmo restallante una y otra vez en las diferentes secuencias en que se estructura la acción. Quizás no estemos ante una creación literaria de nivel tan alto como *Greek* (Como los griegos) -que aquí pudimos ver en una magnífica puesta en escena de Guillermo Heras-, pero en cualquier caso está escrita con una extraordinaria habilidad, conjugando escenas dialógicas, dos planos sociales diferentes también respecto a la acción: el de la clase dirigente y el del obrero en paro, con amplios monólogos en los que los personajes se explayan en relatos de sus experiencias y en consideraciones sobre lo acontecido.

A partir de un espacio escénico extraordinariamente austero: un rectángulo enmoquetado de gris, dos amplios sillones semicirculares, el público situado a ambos lados en pequeños graderíos, Lavelli construye una puesta en escena profunda, de excepcional precisión, soberbia en definitiva. Cuenta para ello sin duda con el concurso de dos espléndidos actores, Michel Aumont y Christine Cohendy, que incorporan los personajes de las dos parejas a cuyos encuentros y confrontaciones asistimos. Transitando en los límites interpretativos del subrayado expreso, pero sin caer nunca en la sobreactuación ni en la caricatura, los dos intérpretes mediante una estilizada selección gestual, un depurado control de ritmos tanto en el plano verbal como biomecánico, alcanzan unas altísimas cotas expresivas y una maestría que raras veces puede contemplarse en un escenario. La noche en que asistí a la representación de

Décadence, tuve la impresión de ser partícipe de un momento teatral excepcional por la calidad del trabajo que contemplaba y por la intensidad del acontecimiento que se me proponía. Voy al teatro muchas veces y en ocasiones contemplo espectáculos bien hechos, madurados y realizados con solvencia, pero que no pocas veces me dejan perplejo o descomprometido con el espectáculo en sí porque, en definitiva, nada me proponen en concreto que me afecte desde el punto de vista de nuestra contemporaneidad. Confieso que hacía mucho tiempo que no se manifestaba en mí una tensión estética tan poderosa como la que me produjo la contemplación de este espectáculo.

¿Quién teme a la decadencia del teatro?

Observado en su conjunto, el teatro de la Colline es además un espléndido ejemplo de lo que debe ser un teatro público: espacio de encuentro, centro de producción, lugar de difusión, servicios que permiten que esto sea posible -desde la organización hasta el guardarropa-, librería, etc. Un teatro público puede ser muchas cosas menos un lugar dedicado al aparcamiento de espectáculos. El repertorio, los mecanismos de relación con el público, los sistemas de abono, las actividades paralelas, configuran su perfil y constituyen la médula de su existencia. El teatro de la Colline y muchos otros a lo largo y ancho de Europa, son un excelente ejemplo que simplemente hay que observar con sentido común para extraer las evidentes consecuencias, ello constituiría una buena terapia contra la estúpida prepotencia que ha dominado a muchos gestores culturales en nuestro país a lo largo de estos últimos años, basada exclusivamente en la posesión de un abundante talonario. Prepotencia de la que hoy se han apropiado los políticos de la derecha según muestran en sus declaraciones, decididos a una operación depredadora que nos lleve culturalmente a los períodos más inhóspitos y oscuros del franquismo o de la reacción decimonónica. Mientras no seamos capaces de ver y comprender, de interpretar correctamente los intereses nacionales en lo que a cultura se refiere, de establecer correctamente los cauces y responsabilidades de lo público en el teatro, de que nos guiemos por la competencia y el saber y no por el oportunismo o el amiguismo, seguiremos hundiéndonos día a día en el sur de Europa. Podemos seguir exaltando nuestra pasión mediterránea, nuestra improvisación inigualable, nuestras bromas de colegio convertidas en irónico (¿irónico?) programa televisivo, que la realidad nos dejará varados paulatinamente en donde al parecer queremos estar.

Antes, el regreso constituía siempre un acontecimiento doloroso y abrumador, hoy simplemente provoca desánimo. Pensar en Madrid desde París, en este Madrid sucio, desastrado y enemigo de la cultura gracias a la derecha que lo gobierna y que reduce la palabra liberal a convertirlo todo en mercancía, produce un enorme desaliento. Sin duda, está claro que entre la derecha de aquí y la de allá es la cultura, la asunción de la cultura como cuestión nacional, la que establece tan estremecedoras diferencias. Mientras este foso no se colme seguiremos en la opacidad y la difícil habitabilidad en que hoy nos hallamos. También la obra de Berkoff hablaba de todo esto.